

CAMINO AL MICTLAN...



Camino al Mictlan...

Museo del Templo Mayor
10 años

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes:

Presidente: Rafael Tovar y de Teresa

Instituto Nacional de Antropología e Historia:

Dirección General: María Teresa Franco y González Salas

Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones: Miguel Ángel Fernández

Museo del Templo Mayor:

Dirección: Eduardo Matos Moctezuma

Curaduría para esta exposición: Leonardo López Luján y Vida Mercado

Asociación de Amigos del Templo Mayor: Gina Bechelany de Merodio

Museo del Templo Mayor

Sala de Exposiciones Temporales

30 de Octubre de 1997 al 1 de febrero de 1998.

México, D.F.

El texto de Leonardo López Luján y Vida Mercado es un extracto del artículo "Dos esculturas de Mictlantecuhtli encontradas en el Recinto Sagrado de Mexico-Tenochtitlan", publicado en *Estudios de Cultura Náhuatl*, Vol. 26, pp. 41-68, México, 1996 © UNAM ISSN: 0071-1675.

Fotografías de: Ignacio Guevara, Portada, 6, 8; Salvador Guilliem, 9; Leonardo López Luján; 1, 2, 3, 4, 5, 7. Dibujos de: Fernando Carrizosa, 13, 16, 17; Alfredo López Austin, 18. Ténoch Medina, 1; Julio Romero: 10, 14. Fotografía cortesía INAH-Coordinación Nacional de Difusión-Proyecto México, Michel Zabé, 11, 12.

CAMINO AL MICTLAN...

Eduardo Matos Moctezuma

*¿En dónde está el camino
para bajar al Reino de los Muertos,
en donde están los que ya no tienen cuerpo?
¿Hay vida aún allá en esa región
en que de algún modo se existe?
¿Tienen aún conciencia nuestros corazones...?*

Tres preguntas existenciales plantea el pensador nahua en su canto. Tres son los lugares a donde se irá después de la muerte. Tres son los niveles del universo... en fin, en este canto queda expresada la angustia presente en el hombre de todos los tiempos. En otra ocasión he dicho que el hombre se niega a morir y esto lo lleva a crear los lugares a donde irá después de la muerte. Para los nahuas éstos eran: la Casa del Sol, exclusivo para los guerreros muertos en combate y para las mujeres muertas en parto, pues el trance de dar vida se equipara a la guerra. Los primeros acompañaban al sol desde que salía en el oriente hasta mediodía; las segundas lo hacían desde el mediodía hasta el atardecer. El Tlalocan se destinaba para quienes morían en relación con el agua: ahogados, hidrópicos, por rayo; era éste un lugar de verano constante. El tercer lugar era el Mictlan, el inframundo que los frailes del XVI confundieron con el infierno. Allí iban los que morían de cualquier otra manera no relacionada con las formas anteriores. Era el regreso al vientre materno, al lugar de origen. Allí residían

Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl, Señor y Señora del mundo de los muertos. Todos los que morían debían ser previamente devorados por Tlaltecuhltli, el Señor de la Tierra, para poder continuar su transitar al destino que su forma de muerte les hubiera deparado. Y en este punto podemos tratar de dar respuesta a las interrogantes planteadas por el cantor nahua...

¿A dónde está el camino para bajar al reino de los muertos, en donde están los que no tienen cuerpo...?

Difícil pregunta. Por un lado sabemos que al rumbo norte del universo se le conocía como Mictlampa, "región de los muertos". Era el rumbo de lo frío y de lo seco; su color el amarillo o el negro y su símbolo el cuchillo de sacrificios. Por otra parte, tenemos la concepción vertical del universo concebida en tres niveles: la tierra, lugar donde habita el hombre; el nivel celeste, compuesto por trece cielos (originalmente, al parecer eran nueve), identificados con fenómenos observables como el lugar por donde pasa la luna, el sol, las nubes, el planeta Venus, el lugar donde se forman las tempestades, los cometas etcétera, y los cielos más altos correspondían a determinados colores hasta llegar a los niveles de gran sacralidad en donde se asentaba la dualidad: el Omeyocan. Finalmente tenemos el Mictlan o inframundo ubicado de la tierra hacia abajo y conformado por nueve niveles que eran otros tantos pasos y acechanzas para llegar a él. Allí se encontraban los señores del mundo de los muertos. Hasta esas profundidades tuvo que bajar Quetzalcóatl para buscar los huesos con los que se creó al hombre. A esas profundidades entraremos para estar frente a Mictlantecuhtli...

¿Hay vida aún allá en donde de algún modo se existe...?

No. Este es el recinto de la muerte. Sin embargo, no debemos olvidar que estamos en un mundo de dualidades y que no se puede concebir algo sin su contraparte. Así, el lugar de la muerte, el Mictlan, es la matriz universal que guarda los huesos de los

individuos muertos y la pareja que en él reside tiene su dualidad en el nivel celeste, presidido a su vez por Ometecuhtli y Omecíhuatl, señores de la dualidad y dadores de vida.

Pero veamos cómo se representaba a Mictlantecuhtli. Aquí lo vemos en una de las expresiones más impactantes que conocemos. Ataviado apenas con un *máxtlatl* o braguero, lo primero que observamos es que todo él está descarnado. Algunos colores, como el amarillo o el azul, fueron encontrados representando la putrefacción del cuerpo. Los brazos levantados y rematados por las enormes garras indican esa actitud de asustar tan característica de los dioses de la muerte. La enorme cabeza con agujeros para colocar pelo natural hacía más espantable la figura. Y es que la constante observación de los pueblos antiguos los llevaba a ver que tanto las uñas como los cabellos continuaban creciendo después de la muerte...

Para dar cabal respuesta a la pregunta, añadiremos que con los huesos que sustrajo Quetzalcóatl del Mictlan -conforme a lo que nos relata el mito-, unido a la sangre que manó de su miembro se creó el género humano. Así, lo muerto y lo vivo fueron necesarios para dar vida. Si acaso el poeta pregunta, angustiado, si hay esperanza de que después de la muerte individual haya vida, la respuesta es negativa y está expresada por el mismo poeta en la continuación de su canto:

*...¿Es que allí los veré?
¿He de fijar los ojos en el rostro
de mi madre y mi padre?
¿Han de venir ellos a darme aún
su canto y su palabra?
¿Yo los busco: nadie está allí:
nos dejaron huérfanos en la tierra...!*

¿Tienen aún conciencia nuestros corazones...?

La duda planteada va muy en relación con lo antes dicho. No. En la Región del Misterio todo termina. Esto llevó a pensar a más de un estudioso que, quizá, los nahuas tenían una forma materialista de pensamiento. Sólo a los guerreros muertos en combate o sacrificio se les garantizaba su trascendencia al más allá: después de cuatro años se transformarían en aves de hermoso plumaje o en mariposas que libarían las flores. De las otras maneras de muerte nada se dice. Entonces ¿tienen conciencia nuestros corazones? Una vez más la respuesta la dieron los viejos cantores:

*Que se abra tu corazón como las flores;
que viva hacia arriba tu corazón...
Tú me aborreces, tú me preparas la muerte...
ya me voy a su casa,
voy a ir desapareciendo...
Puede ser que por mí llores,
puede ser que te pongas por mí triste,
oh amigo mío...
Pero... yo me voy, yo me voy a su casa.
No dice más mi corazón:
Ya nunca más vendré,
ya nunca más he de pasar por la tierra...
Ya me voy, yo me voy a su casa...*



I. El rostro del Dios de la Muerte el día del hallazgo.

LAS ESCULTURAS DE MICTLANTECUHTLI DE LA CASA DE LAS ÁGUILAS *

Leonardo López Luján
Vida Mercado

INTRODUCCIÓN

Con la visión crítica que le es propia, Carlos Navarrete ha escudriñado las raíces de la tan celebrada en el extranjero visión mexicana de la muerte. Lejos de lo que pudiéramos suponer, el mito de la parca frecuentada, festejada, amada y siempre burlada, no se remonta más allá de los años veinte. Según nos explica Navarrete, en aquellos tiempos fundacionales de la Nación y en medio de una mística revolucionaria que buscaba la razón y el ser mexicanos, se revaloran las artes populares y, en especial, la obra gráfica de Guadalupe Posada. Calaveras de azúcar, esqueletos de papel picado y catrinas impresas se convertirían así en ancestros ejemplares y fuentes de inspiración de una multifacética iconografía que inunda cada noviembre edificios públicos, escuelas, mercados, panaderías y panteones. En las décadas subsecuentes a la Revolución, intelectuales como Rivera, Fernández Ledesma y Westheim harían suya esta bandera, difundiendo la nueva estética del más allá y consolidando el mito de que la muerte infunde poco o nada de temor en el mexicano.

A partir de esta visión de tintes pintorescos y sobre todo, nacionalistas, no ha faltado quien ha querido encontrar en los hilos de la continuidad histórica una larga tradición indígena de calaveras amistosas y sonrientes. Obviamente, extrapolar el sentir urbano del México posrevolucionario al mundo prehispánico resulta excesivo. Si bien es cierto que la cosmovisión mexica o la maya no tienen nada equivalente al terrorífico infierno de nuestra herencia cristiana, tampoco se puede decir llanamente que antes de la llegada de los españoles no se tuviera miedo a la muerte, ni que seres como Mictlantecuhtli o el Dios A no inspiraran un enorme respeto en el creyente.

* Agradecemos al Dr. Miguel León-Portilla que nos haya permitido la publicación de este resumen.

Las complejas concepciones prehispánicas en torno a la muerte y el más allá nos prohíben cualquier visión simplista. Numerosos estudios acerca del pensamiento indígena revelan elaboradas escatologías, así como deidades de muerte con rasgos contradictorios. Inclusive, algunas de las funciones divinas pudieran parecer paradójicas desde nuestra óptica occidental. A manera de ilustración, baste por el momento mencionar que los dioses del inframundo no sólo tienen un carácter aterrador en los códices mixtecos, donde aparecen en escenas de muerte, sacrificio y destrucción. De manera sorprendente, en otras láminas de los mismos documentos, estos seres esqueléticos también revisten funciones generativas tanto en el ciclo vegetal como en la concepción y nacimiento de los seres humanos.

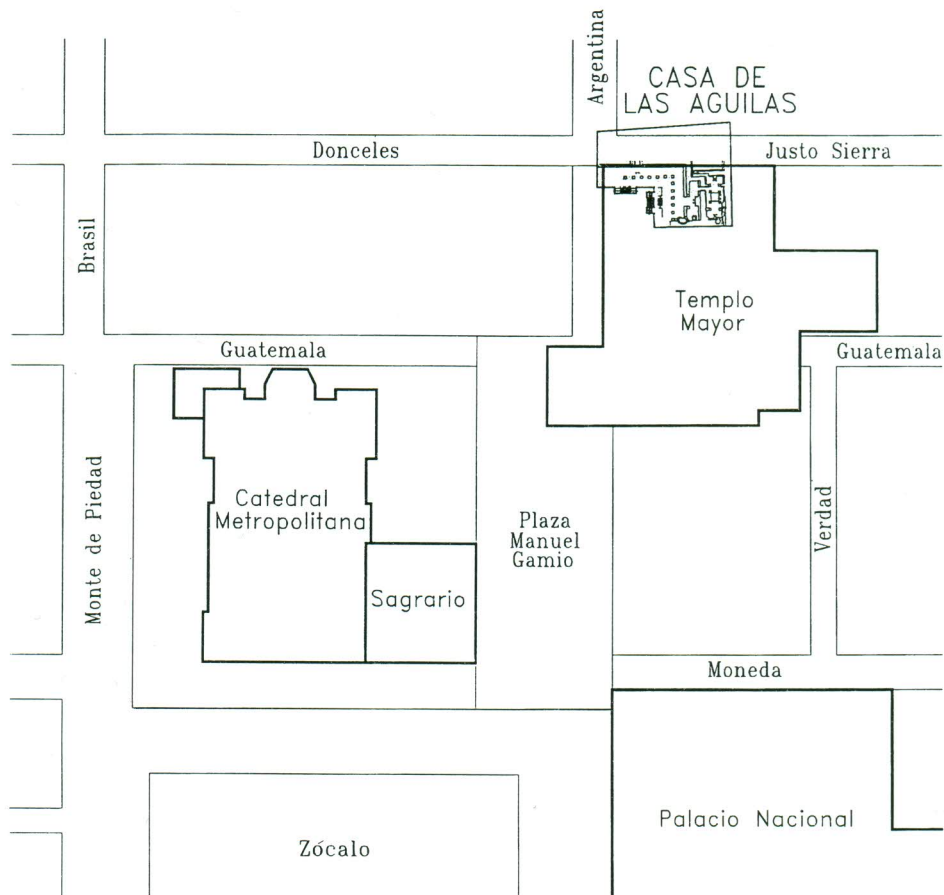
El interés principal de este trabajo se centra precisamente en el aspecto doble del Dios de la Muerte, ser ávido de carne y sangre humanas. Nuestras reflexiones parten del reciente descubrimiento de dos excepcionales imágenes mexicas de Mictlantecuhtli en la Casa de las Águilas, muy cerca de la intersección de las calles de Justo Sierra y República Argentina en el Centro Histórico de la Ciudad de México (figura 1). Dada la enorme importancia del hallazgo, en una primera parte nos referiremos con cierto detalle al contexto arqueológico y a los procesos de exploración y restauración de estas sorprendentes esculturas. Más adelante, haremos su análisis formal y tecnológico. Sobre esta base, discutiremos la visión indígena del Mictlan como un lugar maloliente y de descomposición, relacionado con la sexualidad, lo femenino, las pasiones y el crecimiento.

LA CASA DE LAS ÁGUILAS

También conocida como “Recinto de los Guerreros Águila”, la Casa de las Águilas es uno de los edificios religiosos más impresionantes descubiertos en terrenos de lo que fuera el Recinto Sagrado de Mexico-Tenochtitlan. Desde 1981, año en que fue exhumada, esta importantísima construcción mexica ha sido escenario de trabajos arqueológicos intensivos por parte del Proyecto Templo Mayor del Instituto Nacional de Antropología e Historia (figuras 2 y 3). Gracias a las exploraciones de Francisco Hinojosa (1981-1982) sabemos que se trata de un enorme basamento con planta en forma de L, cuyas escalinatas están decoradas con dos esculturas en forma de cabeza de águila.

En el interior de dicho basamento se localizó una subestructura más antigua que, al parecer, es contemporánea a la Etapa IVb del Templo Mayor (c. 1469 d.C.). Se caracteriza por la presencia

1. Localización de la Casa de las Águilas.



TENOCHTITLAN
Casa de las Águilas
UBICACION URBANA DEL SITIO
PROYECTO TEMPLO MAYOR
©INAH, MEXICO 1997

